



Lo que importa es el camino¹

LUIS CORREA AYDO²

Nos convoca a la escritura la celebración de los setenta años de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU). Este acontecimiento tendrá, sin duda, junto con el clima festivo, sus momentos de reflexión y pausa, oportunidad para examinar la realidad de la institución y sus perspectivas, sobre la base de la memoria histórica. Como dice Korovsky (1985), los psicoanalistas somos, por vocación, *revisionistas históricos*. Para esa tarea, mejor que quien esto escribe, en su condición de amigo de APU, podrán sus propios integrantes valorar hoy la vitalidad de la empresa. No obstante, en las líneas que siguen intentaré ofrecer una perspectiva que ojalá complemente la de los principales protagonistas del acontecimiento.

Celebramos la vida de una institución. Comencemos entonces por detenernos en las instituciones, su sentido y su importancia en la cultura.

La condición humana es intrínsecamente gregaria, y la generación de instituciones su expresión más sofisticada. Las instituciones, desde el punto de vista funcional, viabilizan ciertas tareas de interés para sus integrantes y para la sociedad o para una parte de la sociedad. Se sostienen en el tiempo por la renovación de sus miembros y se caracterizan por organizarse de acuerdo a ciertas pautas o reglas. Los estructuralistas consideran que dichas reglas se constituyen no solamente por la ejecución de

1 Estas palabras se las tomo prestadas a Marcelo Viñar (1992/1995, p. 2), quien a su vez se las atribuye al *Quijote*, en su intervención en homenaje a W. Baranger.

2 Miembro habilitante de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Montevideo, Uruguay. lcorreay@gmail.com

un régimen normativo explícito, sino por la operativa de un sistema simbólico. Ese sistema simbólico se expresa en ciertas prácticas, o *habitus*, al decir de Bourdieu (1980), que reflejan una trama de relaciones. De ahí que para investigar el funcionamiento de las instituciones, su incidencia en la realidad social y su capacidad de adaptación a circunstancias cambiantes, hay que considerar no solo sus definiciones explícitas, sino aquellas disposiciones que operan de manera inconsciente, que muy probablemente sean las más determinantes. Anotemos la importancia especial que reviste para la comprensión de las instituciones psicoanalíticas tener presente estos aspectos.

Las dos características que venimos considerando, la colectiva transgeneracional y la organización normativa en sus dos dimensiones –la explícita y la inconsciente–, hacen posible la continuidad de las instituciones y les otorgan una identidad particular. También, bajo ciertas condiciones, las habilitan para renovarse y para la adaptación que siempre, y de muchas maneras, impone la realidad. Identidad y cambio son procesos cuya conducción es la tarea central de la política institucional. Los aniversarios son momentos señalados para examinar la correlación entre las variables en juego y valorar la robustez institucional. Porque cuando algunas características favorables a la salud de las instituciones, entre las que incluiríamos la memoria, la capacidad crítica y la flexibilidad, no se desarrollan con suficiente vigor y armonía, la marcha de las mismas corre el riesgo de perder vitalidad e incluso podría llevarlas a desaparecer o a quedar restringidas a un círculo endogámico de interesados en su supervivencia por motivos a lo sumo respetables, pero carentes de relevancia para la comunidad en su conjunto. Todo parece indicar que APU ha sabido mantener conectadas, a lo largo de estas siete décadas, sus raíces con los frutos de cada estación. Y esto, como argumentaremos más adelante, no solo es significativo para la Asociación, sino que es importante para nuestra sociedad, situada en esta esquina del mundo y en esta hora de la historia.

Las cifras de años que tomamos para establecer celebraciones especiales, generalmente por decenios, ciertamente son un poco arbitrarias..., pero no siempre. Setenta años es apenas un poco menos que la expectativa de vida promedio en nuestra sociedad. Cualquier persona en la adultez puede hacerse una idea del recorrido total de una institución que llega a

esa edad, ya sea porque lo ha transitado total o parcialmente a lo largo de su propia vida o porque ha conocido a quienes lo han hecho. Porque una porción importante del carácter y la identidad de las instituciones se conoce a través del trato con las personas que las forman. Es mi caso, de nacimiento casi gemelo con APU, de acuerdo a lo que mis documentos insisten en recordarme, son muchos los momentos de encuentro con gente de esta casa que vienen prontamente a mi recuerdo. No daré, por pudor y por temor al olvido, nombres propios, pero es extensa la lista de integrantes de APU que he encontrado en el camino de la profesión y en el de la vida. Sobre todo en el de la vida. En primer lugar, hubo un análisis que agradezco más allá de lo que podría expresar con palabras. Y hubo antes una tarde soleada de primavera para el mundo y de tormenta profunda en mi alma, en la que una escucha sabia y algunas palabras oportunas me rescataron de un abismo mortífero. Y hubo la confianza para llevar un hijo a consulta, o la de supervisar mi práctica en los comienzos o la satisfacción de tener un espacio para algunos de mis trabajos en sus jornadas y publicaciones. Y amigos, amigas. Compañeros de camino, en la docencia, en la construcción de nuevas institucionalidades más abarcativas, en la reflexión sobre realidades que a veces nos duelen y otras que nos llenan de esperanza, y que siempre nos vuelven a situar ante el enigma de lo humano. Todo esto es personal y lo consigno como un acto de justicia y de gratitud, pero no cubre una visión de conjunto sobre la institucionalidad de APU.

Por pertenecer a otra casa, más allá de las experiencias recién resumidas, la historia de APU me llega en gran medida a través de los documentos. Entre estos, y como creo que le ha de pasar a muchos, el texto de Mercedes Freire de Garbarino de 1988, «Breve historia de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay», me parece una regocijada inmersión en los tiempos cuasimíticos de los orígenes. Con palabra sencilla y fluida, impregnada de emoción pero siempre sobria, Mercedes, que es a la vez narradora y protagonista, nos permite asomarnos a las turbulencias de la gestación y el alumbramiento. El asunto tiene todos los componentes de una buena historia. Repasemos algunos nudos de la trama. Allí está el buen padre de los orígenes, encarnado en la figura de Pérez Pastorini, quien con su temprano fallecimiento deja al incipiente grupo en situación de orfandad. Digamos de paso que su muerte, acontecida súbitamente

durante una visita a sala en el Hospital Vilardebó, adquiere en el relato de Mercedes cierta aura de sacrificio vocacional.

Viene luego el guía de relevo, R. Agorio, paciente del fallecido y «uno de los más grandes maestros que ha tenido la psiquiatría nacional», como lo definió H. Garbarino (1991, p. 72). Pese a ese reconocimiento que ya por entonces venía ganando como psiquiatra, su liderazgo es aceptado en condición de *primus inter pares*, ya que su legitimación definitiva como psicoanalista, al igual que todos los del grupo fundador, dependía de los mecanismos de validación de la institucionalidad internacional. J. Boffa (2022) sostiene que la diferenciación entre la clínica psicoanalítica y la clínica psiquiátrica que Agorio realiza en su propia práctica es emblemática de los orígenes del psicoanálisis en Uruguay.

Junto con él, compartiendo ese rol de conducción, aparece otro analizando de Pérez Pastorini, Gilberto Koolhas, quien, formado «en la cultura europea de principios de siglo, con un fuerte perfil humanístico» (García, 1994, p. 79), aportaba esa mirada transdisciplinar, más allá del ámbito específico de la medicina, que es un sello característico del psicoanálisis y que ha tenido en APU un particular arraigo.

Este grupo inicial, que se nuclea en torno a estos dos «hermanos mayores», en cierto modo complementarios, se incrementa de a poco y acepta nuevos integrantes no médicos. Aunque en esos años no faltó, aquí tampoco, la polémica pública sobre el ejercicio *lego* del psicoanálisis, es digno de señalar que APU admitió desde el comienzo analistas no médicos, mientras que en la APA el asunto se seguía debatiendo hasta entrada la década del ochenta (Korovsky, 1985).

Si hubiese que resumir en una frase lo que a la distancia impresiona como divisa inspiradora de este núcleo inicial, nada lo definiría mejor que decir: «el deseo de ser analistas». Son inmensas las dificultades que enfrentan y los esfuerzos intelectuales y personales que hacen en pos de la meta. Como en una aventura quijotesca, el espaldarazo que consagraría a los nuevos caballeros (y damas) del psicoanálisis debía venir por el esfuerzo de sus méritos, siempre que fueran reconocidos desde los círculos donde estaba radicado el poder legitimador. No puede entenderse cabalmente este periplo sin contextualizarlo en su época. El psicoanálisis había batallado desde el comienzo en dos frentes: el externo, por la oposición

encarnizada de la moral establecida y por las resistencias de la ciencia oficial, particularmente dura con los médicos que lo practicaban, pero también sufrió los embates de un frente interno, en el que el hervor de las nuevas ideas a veces desbordaba las marmitas donde se cocinaba la nueva teoría. Aunque Freud haya sido ocasionalmente injusto y duro en extremo con algunas ideas que le parecía que podían alterar lo nuclear de su obra, su celo se entiende cuando se dimensiona la naturaleza de la tarea que se había impuesto: asegurar la competencia de los analistas, la precisión en la difusión de la teoría y el rigor en la práctica. La International Psychoanalytical Association (IPA) fue la herramienta principal que concibió a tales fines. Es lógico pensar que una vez consolidada dicha institucionalidad, los aspirantes a ser psicoanalistas de todo el mundo buscaran asimilar sus métodos de transmisión y formación, y obtener de ella su autorización para ejercer.

Aun así, impresiona la gesta que llevaron a cabo aquellos iniciadores del psicoanálisis en Uruguay. Conmueven sus gestiones para lograr la presencia en el país de analistas didactas –Marie Langer, Hanna Segal, H. Racker, entre otros (Korovsky, 1985)– y el coraje con que algunos arriesgaban opciones de vida complejas, como los viajes constantes para analizarse y supervisar, o incluso tomar la decisión de emigrar del país para cumplir con el objetivo de formarse con analistas didactas. Heroicidades que hoy a muchos podrían resultarles casi absurdas, en tiempos en los que ni las religiones logran adhesiones tan radicales, o que cuando las obtienen, es para dar frutos siniestros. Por el contrario, esta épica, alimentada luego por el noble papel que jugó una buena parte de los psicoanalistas uruguayos durante la dictadura de los años setenta, habla de compromiso e integridad como marcas de identidad de la Asociación.

Claro, como en toda buena historia, tampoco faltaron los conflictos y peripecias. Es notable cómo Mercedes cuenta las ambivalencias a las que da lugar el liderazgo que parecía casi omnímodo de los Baranger durante la década del cincuenta. Es ilustrativa una anécdota, que significativamente reiteró en su intervención en la inauguración de la actual sede de APU: cuando W. Baranger les propone interrumpir el espacio de estudio con él para concentrarse en sus análisis personales, los que por supuesto se hacían con él mismo o con Madelaine, los once integrantes se reunían

igual en «encuentros clandestinos». ¿Cuál era el contenido de estos encuentros?, se pregunta Mercedes. La respuesta no es muy concluyente y en cierto modo queda envuelta en un aire de evocación jocosa. Tal vez más que de cualquier forma de «conspiración» se trataba simplemente de exteriorizar el evidente sentimiento de camaradería fraterna que los reunía. O, como muy kleinianamente Mercedes advierte, también para dar curso a la envidia y a la rivalidad edípica (Freire de Garbarino, 1994, p. 137). De todos modos, el pacto de silencio sobre esas reuniones no se sostiene porque finalmente todos las mencionaban en sus análisis, justamente ante la escucha de los mismos interpelados. Avatares obsesivos entre el sometimiento y la rebeldía ante la ley, que por cierto no faltan en toda la historia del psicoanálisis. En el escrito de Mercedes se dice que quien asumió el rol de emergente de la hostilidad hacia la «pareja paterna» fue Juan Pereira Anavitarte, «el miembro más joven y brillante de nuestro grupo» (Freire de Garbarino, 1988, p. 8), el mismo que con su muerte inesperada sume al grupo en una nueva crisis³.

Llama la atención la sucesividad con que aparecen consignados en el relato el papel de Pereira Anavitarte en la confrontación con los Baranger y, casi enseguida, la referencia a su muerte accidental, justo antes de emprender el viaje a Europa, donde finalmente se obtendría un primer reconocimiento de la Asociación por parte de la IPA⁴. La proximidad de ambos sucesos en la narración abre alguna interrogante sin respuesta posible: ¿hasta dónde podía llegar la intensidad y la ambivalencia en los movimientos transferenciales que recorrían a aquel grupo? No podemos saberlo y no parece sensato avanzar en mayores conjeturas, pero de lo que no caben dudas es de que casi literalmente «se jugaban la vida» por sus proyectos. Y que el camino no fue nada sencillo.

La vida institucional es inseparable de la política institucional, y si bien la política es una invención en cierto modo destinada a permitir la disputa

3 «La Asociación Psicoanalítica Uruguaya ha tenido una terrible pérdida. Juan Pereira Anavitarte ha desaparecido y con él parte de nuestras esperanzas; pues él simbolizaba el impulso, la vitalidad, el deseo de vivir, existir y progresar que es también la esencia de nuestra Asociación» (APU, 1957, p. 3).

4 El reconocimiento obtenido en esa oportunidad, bajo el patrocinio de la APA, fue el de Grupo de Estudio.

del poder evitando la violencia, esto no excluye los altos costos que suele tener su ejercicio. Freud se lamentaba de ello: «La política echa a perder el carácter» (Freud, citado por Gay, 1989, p. 255), le escribe a Abraham en 1913. Sin embargo, no por ello dejó de hacer política, y en ese plano Peter Gay (1989) opina:

Freud haciendo política era un verdadero político, más tortuoso que en el resto de su conducta, y sus luchas con Adler sacaron a la luz todas sus habilidades latentes para navegar entre fuerzas opuestas y proseguir con su programa. (p. 255)

Solo el tiempo, al decantar las pasiones del momento, puede dar la perspectiva suficiente para juzgar los efectos de las conductas y las decisiones. No es legítimo recurrir a la hipótesis contrafáctica para creer que se pudo proceder mejor de este u otro modo si no se ha estado en los zapatos de los protagonistas. Y enlazando esta observación de carácter general con la historia de APU, no sería justo detener la evocación de la década del cincuenta con exclusiva referencia a los conflictos con los Baranger, sin apreciar el tamaño de su contribución. Una valoración que surge en palabras de la propia Mercedes, a dúo con M. y H. Garbarino (1995), quienes están hablando de sí mismos y de APU cuando de manera concluyente dicen: «Lo que hoy somos se lo debemos a Willy Baranger» (p. 12).

Volviendo a los dilemas de las instituciones psicoanalíticas, es claro que la tirantez entre una libertad que puede derivar en atomización y una ortodoxia castradora no ha sido nunca sencilla de resolver. Interrogado sobre la probable tensión entre la resistencia a la hegemonía en las instituciones psicoanalíticas y la dispersión infinita en escuelas y grupos, Emilio Rodrigué, que fue en su momento un notorio disidente de la institucionalidad oficial, dice:

Urge pensar el tema, discriminar entre semillas y metástasis. Un problema hoy en día es que la multiplicidad de grupos tiene un lado positivo, un lado liberador, pero también tiene un lado siniestro, porque nos sobrepasa como una gigantesca ola hawaiana, que nos hace caer en la balcanización acelerada de los tiempos actuales. (Rodrigué, en Herreros, 2000, párr. 70)

Es difícil pensar que pueda haber una metáfora más fuerte y más certera que la de «semillas y metástasis» para orientar la distinción entre la polifonía y el bochínche. Es evidente que en los primeros tiempos freudianos el temor estaba del lado de la desnaturalización del psicoanálisis, y es probable que, en los orígenes, la IPA fuera concebida por algunos como una suerte de arca de la alianza. Bleuler, que fue uno de los primeros psiquiatras prestigiosos que acogió el psicoanálisis, declinó la integración a la novel institución con la siguiente advertencia:

Este «Quien no está con nosotros está contra nosotros»... –le manifestó a Freud en 1911, al renunciar a la recientemente organizada Asociación Psicoanalítica Internacional– este «todo o nada» es, en mi opinión, necesario para las comunidades religiosas, y útil para los partidos políticos. En esos casos puedo entender el principio como tal, pero para la ciencia lo considero dañino. (Bleuler, citado en Gay, 1989, p. 253)

Ha pasado más de un siglo desde entonces, y muchas condiciones han cambiado, ciertamente en dirección a una mayor pluralidad.

Pero es hora de regresar a nuestro tema: ¿Qué diremos de APU en relación con su posicionamiento sobre otras expresiones no oficiales del psicoanálisis? Acá sí me voy a permitir hablar desde otro nivel de implicación. La advertencia de Bleuler no se aplicó en absoluto, cuando casi treinta años después del nacimiento de APU, se plantea la fundación de Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica (AUDEPP).

Aunque la incómoda metáfora del oro puro y el cobre haya sobrevolado en alguna ocasión, la verdad es que muchos integrantes de APU respaldaron la creación de la nueva Asociación. Algunos lo hicieron como analistas o supervisores de los futuros audeppianos. Otros, brindando cursos y escribiendo para sus primeras publicaciones. Varios más, tomando la opción de asociarse a AUDEPP, sin abandonar, por supuesto, su pertenencia y actividad originaria en APU. Los fundadores de AUDEPP, médicos y psicólogos que eran pacientes y se formaban con psicoanalistas de APU, realizaban una práctica terapéutica que de alguna manera difería con lo que se entendía como un análisis «en toda la regla». Esa «otra cosa», que se denominaba psicoterapia psicoanalítica o psicoterapia de marco psi-

coanalítico, necesitaba ser definida en sus alcances, delimitado su campo y estudiada su especificidad (Allegue, 2021). De esa triple necesidad parte la idea original de crear AUDEPP en 1981. Por supuesto, además de las inquietudes profesionales estaba el propósito mismo de encontrarse, por el muy humano deseo de reunirse con otros en épocas de restricciones severas al derecho de hacerlo y en las que, además, el psicoanálisis era mirado con particular recelo, como era de esperar por su vocación emancipadora.

Cabe destacar que la organización de AUDEPP, tanto en la formulación de sus estatutos como en la concepción del plan de estudios, que tuvo un marcado carácter de horizontalidad, fue realizada de manera totalmente autónoma por sus propios fundadores, actuando los psicoanalistas de APU ocasionalmente como voces de consulta a título personal. Dos nombres sobresalen por el impulso decidido que dieron al nacimiento de AUDEPP: José Luis Brum y Tomás Bedó. Pero también Ricardo Bernardi, Aída Fernández⁵, los Garbarino, los Weigle, Fanny Schkolnik y Saúl Paciuk, entre otros, fueron especialmente activos de diferentes maneras en las actividades iniciales de AUDEPP (Allegue, comunicación personal, 7 de mayo de 2025).

En los treinta años de vida que llevaba por entonces APU, el centro del desarrollo del psicoanálisis ya no estaba en la necesidad de obtener un reconocimiento oficial, como en la época pionera, sino en la capacidad de reconocer a su vez otros acercamientos y recorridos del campo psicoanalítico, y en aumentar su penetración en la sociedad. De alguna manera, una concepción rizomática de la institucionalidad fue desplazando en nuestro medio a la que se podría metaforizar por el tronco y las ramas de un único árbol. Sobre este punto me voy a permitir una extensa cita de las palabras que Fanny Schkolnik⁶ pronunció en la sede de AUDEPP en 2005, en ocasión de la presentación de la *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica Cambio Psíquico*, 7(1):

5 R. Bernardi y A. Fernández organizaron en 1980 un curso de postgrado en el IFCL (actualmente UCU) sobre Psicoterapia Psicoanalítica, cuyo cuerpo docente estaba formado por miembros de APU (Korovsky, 1985).

6 Archivo digital del correo electrónico enviado por F. Schkolnik al autor con la copia de las palabras leídas en la oportunidad.

Todo eso me lleva a plantear que ya no tiene sentido establecer una diferencia significativa entre psicoterapia psicoanalítica y psicoanálisis. [...] Creo que tal vez esta distinción tenía un sentido cuando lo analítico se definía como el trabajo con la fantasmática del paciente, sin considerar la realidad externa en su justa medida. [...] Actualmente, se han ido relativizando, por lo menos para amplios sectores del campo analítico, los instrumentos de la técnica que aparecían como los que marcaban estas diferencias. [...] Los conceptos fundamentales del psicoanálisis, compartidos por las llamadas psicoterapias psicoanalíticas, que mantienen su vigencia son: el trabajo con lo inconsciente, la transferencia-contratransferencia, la interpretación entendida en sentido amplio, el papel de la palabra como elemento simbolizante y la abstinencia de actuar preservando la alteridad del paciente en su condición de sujeto. Las diferencias entre psicoanálisis y psicoterapia hay que plantearlas entre el método psicoanalítico y el de las psicoterapias no analíticas.

Para cerrar, volvamos al principio. Cuando mencionamos las condiciones de existencia y viabilidad de las instituciones, hicimos una breve referencia a las continuidades y cambios en los setenta años de APU y afirmamos su vitalidad. La vigencia de las instituciones depende de la relevancia que mantengan en el transcurrir del tiempo los objetivos y principios que las originaron, y las estrategias de las que se doten para alcanzarlos. Desde su estatuto fundacional, en 1955, al presente, APU define su objetivo central como «la investigación, enseñanza y desarrollo de la ciencia del psicoanálisis creada por Sigmund Freud» (APU, s. f.2, párr. 3). Pero en la página web actual, a renglón seguido de la definición original y luego de referirse a la formación de psicoanalistas, se marca un particular énfasis en lo comunitario:

realizar y promover actividades de extensión y servicio a la comunidad; promover y realizar intercambios científicos y culturales con otros centros educativos y de investigación, públicos y privados, nacionales e internacionales y con la comunidad; enunciar y tutelar los principios de ética y conducta profesional de los miembros. (APU, s. f.1, párr. 2)

Observemos que esta dimensión comunitaria del trabajo institucional en la que se pone particular destaque no significa solo una expresión de voluntad, sino que ha implicado una profunda y constante revisión teórico-clínica para situar la incidencia de la realidad en la producción subjetiva «en su justa medida», como decía Fanny Schkolnik. Y esto es crucial, aquí y ahora.

¿Qué le queda al sujeto contemporáneo para sostenerse en el poder de Eros y no sucumbir a la amenaza de Tánatos? ¿Qué hacer cuando llamamos «inteligencia» a un aparato formidable en su acopio de información, pero que no puede decirnos nada sobre el sentido de la vida? ¿Qué hacer cuando el pragmatismo amoral no se molesta ni en maquillarse un poco, y aun así gana elecciones? ¿Cómo enfrentar el desprecio pueril y fanático por la verdad y hasta por las evidencias científicas? ¿Qué debate deberíamos encarar cuando el campo de la salud mental está invadido por supuestos especialistas que escupen «tips» por los medios, simplificando hasta el cliché más tonto la necesidad humana de entender el dolor? ¿Cómo situarnos frente a la depresión y las adicciones epidémicas, signos de una época de transformación civilizatoria global, de rumbo tan incierto? Como dice Silvia Bleichmar (2009): «Tendidos entre la utopía y el desencanto no podemos, sin embargo, atemperar nuestro anhelo de verdades» (p. 19). En el hiato de esa perplejidad, los psicoanalistas tenemos algo que decir y mucho para hacer. Donde hay soledad y caos, la palabra que teje el psicoanálisis está allí para sostener las incertidumbres y generar lazo. Para decir que los desafíos de la pulsión, la necesidad de reconocimiento, los avatares de la sexualidad, el temor a la muerte, al desamparo, a la locura... no son obstáculos para la realización de lo humano, ¡son lo humano! (Roudinesco, 1999/2000).

No caben dudas: APU está en este camino desde hace setenta años y su presencia sigue siendo necesaria.

Y para terminar, como de un cumpleaños se trata, pleguémonos al ritual de los buenos deseos con que celebramos el impulso de la vida al apagar el fuego con las fuerza del aliento: larga vida a APU, a su empeño en la formación rigurosa de sus miembros, a su compromiso con la comunidad y con las causas de la libertad, a su pluralismo y a su diálogo per-

manente con la cultura. Honremos con gratitud a los hombres y mujeres que la han construido y a quienes la mantienen vigente con generosidad, talento y compromiso⁷. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Asociación Psicoanalítica del Uruguay [APU] (s. f.1). Preguntas frecuentes. *Apuuruguay.org*. <https://apuruaguay.org/preguntas-frecuentes>
- Asociación Psicoanalítica del Uruguay [APU] (s. f.1). Presentación. *Apuuruguay.org*. <https://apuruaguay.org/presentacion>
- Asociación Psicoanalítica del Uruguay [APU] (1957). Necrológica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 2(1-2), 3-4.
- Allegue, R. (2021). De huellas y utopías: Un tiempo inquieto. 40 años de psicoterapia psicoanalítica en el Uruguay. 1981-2021. *Intercambio Psicoanalítico*, 14(2), 157-160.
- Bleichmar, S. (2009). *La subjetividad en riesgo*. Topía.
- Boffa, J. (2022). Los orígenes del psicoanálisis en el Uruguay: De la psiquiatría del novecientos a la clínica psicoanalítica. El caso de Rodolfo Agorio. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 22, 195-205.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1980).
- Freire de Garbarino, M. (1988). Breve historia de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 68, 3-10.
- Freire de Garbarino, M. (1994). Inauguración de la nueva sede de APU. *Temas*, 21-22, 135-140.
- Garbarino, H. (1991). Evocación de Rodolfo Agorio. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 72-73, 9-10.
- Garbarino, M. F. y Garbarino, H. (1995). Willy Baranger. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 81, 12.
- García, J. (1994). En memoria de Gilberto Koolhaas. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 79-80, 9-13.
- Gay, P. (1989). *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Paidós.
- Herreros, G. (2000). Reportaje a Emilio Rodríguez. *Acheronta*, 12. <https://acheronta.org/reportajes/rodrigue.htm>
- Korovsky, E. (1985). El psicoanálisis en el Río de la Plata. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 1(4), 25-44.
- Pérez Gambini, C. (1999). *Historia de la psicología en Uruguay*. Arena.
- Roudinesco, É. (2000). ¿Por qué el psicoanálisis? Paidós. (Trabajo original publicado en 1999).
- Viñar, M. (1995). Para Willy Baranger. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 81, 13-20. (Trabajo original publicado en 1992).

7 Agradezco al bibliotecólogo Néstor Gamarra, que me suministró referencias necesarias y oportunas para armar esta nota, y a la Dra. Rosario Allegue por su testimonio directo sobre la relación con APU desde los comienzos de AUDEPP.